

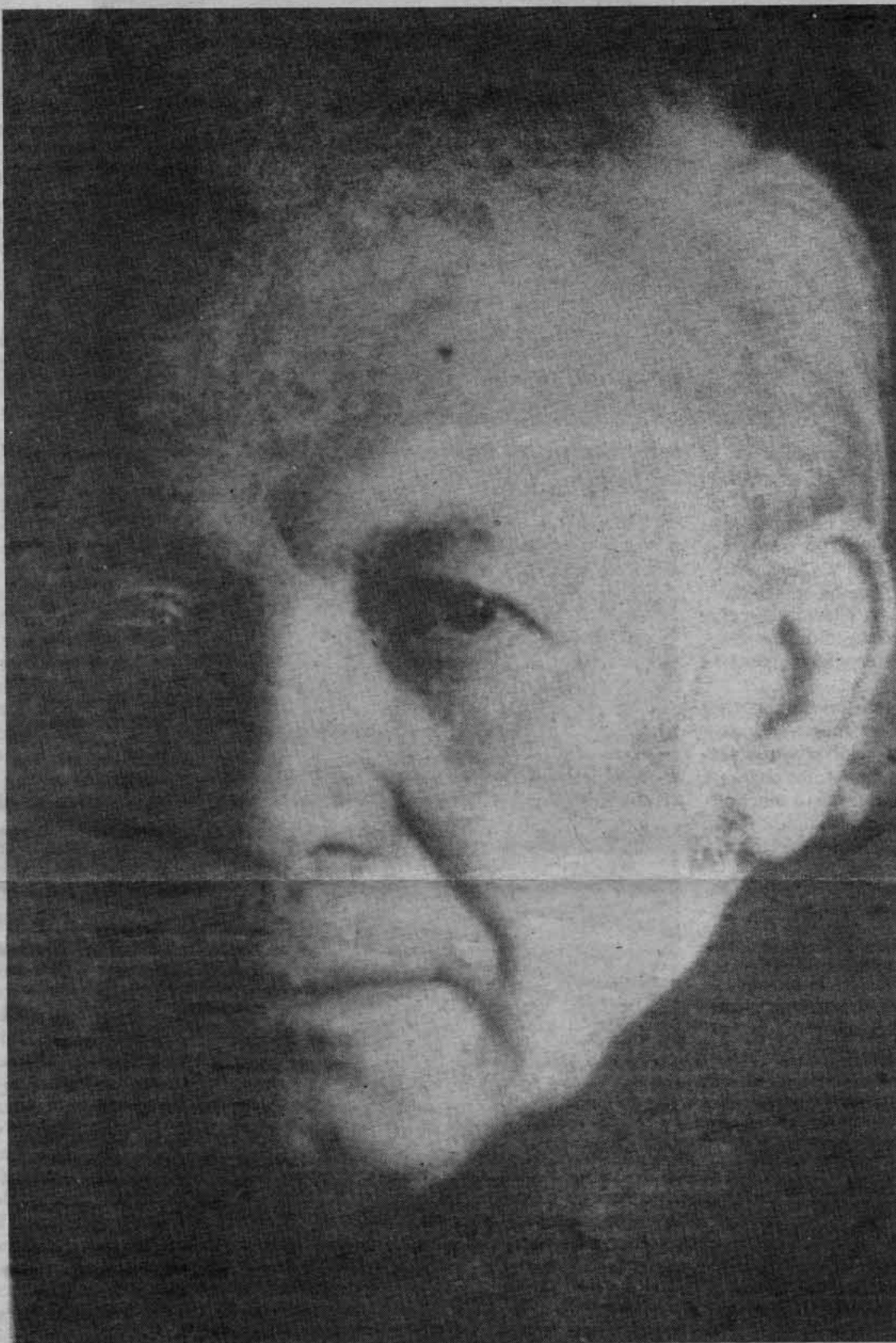
Réquiem para Humberto Díaz-Casanueva

Un jueves o un viernes, con el silencio duro de las madrugadas, la muerte lo sorprendió trabajando en los huecos de su memoria, revisando manuscritos, preparando materiales de otros libros que seguían alargándose hacia el infinito.

El poeta Humberto Díaz-Casanueva ha muerto. El aventurero de Saba, el de la vigilia por dentro, el amigo de Gabriela Mistral, Neruda y de Rokha, el discípulo de Heidegger y compañero de innumerables rutas con Rosamel del Valle, el maestro de tantos jóvenes poetas, *El niño de Robben Island*, el adelantado del apartheid y enemigo de dictaduras, *El pájaro Dunga*, *El sol ciego*, el de la voz tatuada, ha muerto:

... vuela erizado de puñales
por un camino en llamas/
Vuela revuela sobre un/ fé-
retro vacío/ Donde cae/ In-
terminablemente cae/ la
sangre lechosa de un Dios
ciego/ Que se deshace en la
semejanza.

La muerte lo sorprendió trabajando en los huecos de su memoria, revisando manuscritos, preparando materiales de otros libros que seguían alargándose hacia el infinito, un jueves, o un viernes lleno de proyectos con el silencio seco y duro de las madrugadas. La muerte lo sorprendió en medio de la vida, en medio de esa extraña vocación de hombre que asume su destino poético sin fisuras, en una búsqueda permanente de superar la lucha bifronte del pensar y del lenguaje y de recobrar esa palabra que pareciera andar eternamente detrás de sí misma: *Anochece de nuevo y es en mitad de la vida/ De mi escopeta salen espantados los pájaros/ Así es la vida saco de obstáculos para mis hombros de niño/ Sentado en mi orilla yo sin alabanza y regreso/ Recojo ayer el acto iluminado/ En donde su lágrima hizo cosquillas mi pecho/ Pudo mi boca soplar su felicidad/ Esta vez el espejo de la muerte atajando mi rostro.*



Condensar la emoción

Muy pocos medios de comunicación se percataron de su definitiva ausencia corporal entre las guerras del fútbol y las declaraciones locuaces de la política contingente que acaparaban los titulares y para algunos fue como si el poeta jamás hubiera existido. Destino tal vez injusto, pero demostrativo del camino que deben asumir los verdaderos creadores, aquellos que "... trabajan con los propios orígenes emocionales del pensamiento poético, ahí mismo donde poderes dionisiacos nublan la conciencia clarificadora hasta asfixiarla en la expresión, antes

de que sucedan la ordenación y diferenciación lógicas".

En el mundo de este poeta, la palabra se ahuecaba a sí misma para condensar no sólo la idea, sino también la emoción; para desplegarla como un símbolo capaz de dar cuenta simultáneamente de una cadena de sentidos históricos: la soledad, la angustia, la vida y la muerte, el intento histórico de poner orden en el caos, la misión prometeica del lenguaje, más que producción artística, eran en él, estructura de vida, palabra y cotidianidad. Vivía la contradicción de ser poeta en un mundo en que la poesía debía ser arrancada a zarpazos de la oscuridad, de los muñones y los destrozos de lo pro-

saico, de la apariencia y representación de las cosas. Su intento era hacer de la palabra, el vórtice mismo de la autenticidad y la totalidad vital: "El hombre es un ser moribundo muriendo tanto hacia la muerte como hacia la vida. La muerte blanca está sentada al fin de la jornada comulgando en nuestro origen. Esta doble—muerte o muerte—vida es una manera de ser encubierta por nuestra vida cotidiana y que bajo la influencia de épocas turbadas sale como busto. Crece nuestra soledad bajo el alimandro como la imagen mítica de una polaridad terrible. ¿Podrá el cantor tornar el instinto de la muerte en energía vital?".

La búsqueda no muere

Ha muerto Díaz-Casanueva, poeta de médulas anudadas como raíces y huellas sacramentales, poeta-poeta. Pero con él no muere su búsqueda atada a la semilla con que la palabra abre al mundo y lo revela en su mágica germinación de belleza y del humano fuego fatuo que prevé el designio inexorable del tiempo. Con él no muere ese mandato de su vida dedicada a servir a los otros, ni tampoco mueren las visiones de la piedra, el mar, el hielo o la angustia, que se petrifican en el azar de una página como marcas del crecimiento poético:

*Aquí me hallo tan solo, las
manos terriblemente juntas,
como culebras asidas y todo
se agranda en torno mío.*

*¿Acaso no ven al niño que
sale de mí llorando, un niño
a la carrera con su capa de
llamas?*

*Yo soy, pues, yo mismo, ja-
más del todo crecido y tantos
años confinado en esta tierra
y contrito todo el tiempo, su-
jeto por los cabellos sobre el
abismo como cualquier hijo
de otros hijos.*

Qué lástima, Humberto, tanto afán para tan poco afuera: lástima de tierra y hambre, de grito y sangre; de tanta visión iluminada en un mundo tan poco cautivo de la verdad y la belleza; lástima de tanta mutilación redentora para tan poca señal, movimientos y ondulaciones. Porque a pesar de que vientos estériles quiebran la torre que erigimos/ en paz y con gozo, a pesar de que *el Hombre muere como si sobrara*; lo que permanece, enhiesto, lo iluminado, es el vértigo de una escritura ancilar, numinosa, aquella que posee la más alta carga simbólica para seguir hablando desde su penumbra:

*Torné a lo oscuro, a larva
reprimida otra vez en mi
frente/ y un temor hizo que
gozara de mi corazón en cla-
ros cantos./ Estoy seguro que
he tentado las cenizas de mi
propia muerte...*

Gracias poeta por esa voz y por esa obra que seguirá latiendo desde el fondo de los tiempos como grito doloroso del origen de la palabra. Simiente poderosa que se acrecienta en las propias palabras de Humberto Díaz-Casanueva:

*Te has juntado/ contigo mis-
mo?/ Y de qué te vale/ el
cumplimiento de una soledad
más vasta?/ Allí/ no sé don-
de/ tallando con tus dientes/
un bosque de marfil/ sin in-
tención valedera?/ Solo
abundabas en tu prójimo.*